

Los cielos nos cuentan su existencia y su poder infinito; la tierra, su bondad; el mar, sus terribles iras, y las pequeñas criaturas, su maternal providencia. Las abejas nos predicán la obediencia y la caridad; la oveja, la mansedumbre y el desprendimiento; las aves, la pureza; todas las estaciones, la muerte y la brevedad de la vida; el insecto, que muere para renacer transformado en un nuevo ser lleno de gracia y de belleza, nos anuncia nuestra propia resurreccion; y no hay una virtud, una verdad ó un deber que no tenga su capítulo en el gran libro del universo, y este libro es para todos inteligible.

¡Dichoso el que quiere leer en él! Una incesante armonía halaga su oído y arroba su corazón. El mundo es para él un templo; en todo y en todas partes ve á Dios presente, y á cada instante se siente rodeado de esta presencia sucesivamente majestuosa, paternal, santa, terrible y consoladora. Dios está para él cerca, lejos, aquí, allá, encima, debajo y en torno suyo. Hé allí una flor, allí está; una estrella, en ella está; y está en el fuego, en el agua, en el soplo y en la tempestad, en la luz y en la noche, en un átomo y en el sol; está en torno mio en ese calor que me anima, y dentro de mí en este aire que me hace vivir. Lo oye todo, los sublimes cantos de los Serafines, los alegres trinos de la alondra, el zumbido de la abeja, el rugido del leon, el murmullo del arroyuelo, el bramido de las olas del mar, el paso de la hormiga, y el ruido de la hoja. Lo ve todo, el sol visible al universo, el insecto oculto bajo la yerba ó sepultado bajo la corteza del árbol, y el pez perdido en los abismos del océano; ve el movimiento de sus músculos y la circulacion de su sangre; ve los pensamientos de mi alma, y oye los latidos de mi corazón; conoce las necesidades del pajarillo que abre su pico para pedir su alimento, y conoce también mis deseos, alimenta, da calor, viste y protege todo lo que respira; es mi Padre, y ¡podría olvidarme!

El hombre que reconoce esto será bueno y justo; dominado por la idea de la omnipresencia de Dios, tendrá un corazón puro, una mano liberal, una vida santa; paz constante, rostro sereno, muerte tranquila, y una eternidad gloriosa. ¡Feliz quien sabe leer en el gran libro del universo!

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haber criado para mí este magnífico universo; en lo que entiendo y en lo que no comprendo os adoro igualmente, porque sois en todas las cosas igualmente sabio, poderoso y bueno. Dadme la gracia de que lea con los ojos de la fe en el gran libro del universo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, repetiré con frecuencia: Dios está aquí.

LECCION XII.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del sexto dia. — El hombre. — Explicacion de las palabras *hagamos al hombre*. — El hombre en su cuerpo. — En su alma. — Espiritualidad, libertad, inmortalidad. — El hombre en su semejanza con Dios.

Dios dijo en seguida: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.*

Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió¹.

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre con ánima viviente².

Escrito está ya el gran libro del universo; pero ¿de qué sirve un libro, si no tiene lector, de qué un magnífico cuadro, si no tiene espectador ni admirador? No, ese lector, ese espectador y admirador no existe. Los Ángeles no tenían necesidad de este libro ni de este cuadro, porque conocen al Autor en sí mismo, leen su pensamiento en su divina esencia, y le ven cara á cara. En cuanto á los animales y á las plantas, este grandioso espectáculo es como si no existiera, pues están privados de inteligencia. Repetimos, pues, ¿para qué sirve este libro, para qué este cuadro?

Y además, ¿cuál es el objeto de todas esas criaturas y de todas esas magníficas armonías? Los globos esparcidos por el espacio giran con majestad, pero ¿cuál es la razón de sus movimientos? El sol alumbra la tierra, pero la tierra es ciega y no necesita luz. El calor, las lluvias y el rocío harán germinar las semillas y cubrirán los campos de mieses y frutos, pero son riquezas perdidas, pues no hay quien las coja ni las consuma. La tierra sustentará innumerables animales, pero estos animales no tienen objeto, faltándoles un amo que se utilice de sus buenas cualidades, y concentre, por decirlo así, sus servicios. El caballo y el buey están dotados de fuerzas capaces de arrastrar ó llevar las cargas mas pesadas, pero son inútiles estas fuerzas. La oveja está abrumada bajo el peso de su vellón, y la vaca y la cabra incomodadas con la abundancia de su leche; la tierra encierra en

¹ Genes. I, 26, 27.

² Id. II, 7.

su seno piedras propias para edificar y metales á propósito para elaborar toda clase de obras, pero no tiene huésped que albergar, ni trabajadores que puedan labrar los materiales. Su superficie es un magnífico jardín, pero que nadie ve, y toda la naturaleza es un hermoso espectáculo que nadie admira. Falta, pues, una criatura sin la cual las demás no tienen ningún objeto.

¿Qué más dirémos? El mundo existe como un magnífico palacio adornado con cuanto puede hacer su permanencia agradable y cómoda: millones de astros, colgados de la bóveda del cielo como otras tantas arañas, lo iluminan noche y día; la tierra toda está tapizada de una rica alfombra, esmaltada de flores de toda especie, el aire embalsamado con los más gratos perfumes, y los árboles cargados de frutos; murmuran los arroyuelos; los peces juegan en las aguas; las aves, como otros tantos músicos, hacen resonar los campos con los más agradables conciertos; los animales esperan con respetuoso silencio al señor que debe dominarlos: todo está dispuesto.

«Así es como, dice san Juan Crisóstomo, cuando el emperador debe hacer su entrada en una ciudad, todas las personas que están á su servicio hacen sus preparativos, para que cuando llegue su soberano esté todo dispuesto para recibirle⁴.» Pero ¿quién será el rey al cual Dios destina tan hermoso reino? ¿Quién será el lector de este gran libro, el espectador de este magnífico cuadro?

Recogeos y prestad atención.

Después de haber lanzado la última mirada sobre su obra y reconocido que todo estaba en ella bien, Dios vuelve á meditar... delibera... se consulta... y saliendo súbitamente de su misterioso consejo, dice: **HAGAMOS!!!**

¿Qué nueva expresión! ¿Cuál es, pues, el ser extraordinario que va á aparecer para que sea preciso que el Criador se consulte y delibere antes en sí mismo?

No fueron criados así el cielo y la tierra, pues una palabra los sacó de la nada. *Que sean*, y fueron. El mandato convenia para los esclavos; pero cuando se trata del señor, Dios cambia de lenguaje, y para hacer recomendable al rey del mundo á todos sus súbditos, el mismo Dios empieza por honrarle tratándole casi como á un igual.

Hagamos!!! Pero ¿á quién habla Dios? ¿Á alguno que hace como él; habla á otro sí mismo, al Hijo por quien todo fué hecho, y al Espíritu Santo, todopoderoso, igual, coeterno al uno y al otro, que llevado sobre las aguas fecundó el caos, como el ave fecunda su nido. La Trinidad empieza á declararse ya.

Hagamos!!! Y ¿qué va á hacer? ¿Un Ángel? No. ¿Un Serafín? No; va á hacer el espectador del magnífico cuadro que acaba de pintar; el

⁴ Homil. XI ad popul. Antioch.

lector del gran libro que acaba de escribir; el eslabon sagrado que debe unir los dos extremos de la cadena de los seres; va á hacer el pontífice y el rey del universo! ¿Queréis saber su nombre? Se llama **EL HOMBRE!!!**

Si, esta obra maestra de las manos del Todopoderoso, este ser que toda la naturaleza desea con ardor y espera con respeto, es el hombre, eres tú, nosotros, yo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza⁴!!!*

⁴ Aun siguiendo la cronología de los Setenta, la más lata de nuestras cronologías sagradas, la creación del hombre no se remonta más allá de siete mil años. Los filósofos del siglo pasado atacaron con ciego furor esta fecha, como todos los documentos del Génesis, y llamaron á declarar contra el relato mosaico las cronologías de los Egipcios, de los Chinos y de los Indios, como también los hechos geológicos; pero en este punto, como en todos los demás, la impiedad, momentáneamente triunfante, ha sido batida *del modo más completo*. La ciencia moderna ha hecho justicia, al ilustrarse, de la pretendida antigüedad de los pueblos anteriormente citados. En cuanto á los Egipcios, por ejemplo, se han reducido á su justo valor los monumentos con que se hacía tanto ruido: «Todos los esfuerzos de ingenio y de ciencia que se han hecho, dice el célebre Cuvier, para demostrar la remota antigüedad de los zodiacos de Denderah y de Esneh, son superfluos desde que, acabando por donde naturalmente debía empezarse si la prevención no hubiera deslumbrado á los primeros observadores, se han tomado el trabajo de copiar y restituir las inscripciones griegas grabadas en estos monumentos... Es cierto ya que los templos egipcios en que se esculpieron zodiacos, fueron construidos bajo la dominación de los Romanos.» (*Disc. sobre las revol. etc.*, pág. 269.)

«La cronología china es enteramente la misma que la de Moisés, si se quitan las fábulas que nadie se atrevería á defender. El fundador auténtico (y aun es mucho honor el que se le hace) del imperio chino, según Confucio, es Yao, que empuñó el cetro en 2337 antes de Jesucristo.» (*Libro de la naturaleza*, t. I, pág. 24; *Veladas de Monthéry*, pág. 230 y sig.; Champollion, *Elem. de cronolog.*, pág. 246.)

Villiam John, presidente de la academia de Calcuta, después de haber pasado veinte y cinco años estudiando en los sitios mismos los monumentos de la India, dedujo también en una extensísima disertación sobre la cronología de los Indios: «Podemos deducir con toda seguridad que están perfectamente acordes la cronología de Moisés y la de los Indios.» (*Investigaciones asiáticas*, t. II, pág. 441.)

El origen reciente de las ciencias y de las artes apoya también los documentos de la historia. Esta nos hace asistir á su nacimiento, y declara de tal modo en favor de su fecha reciente, que se la puede tachar á veces de exageración y de error. Si las ciencias y las artes hubieran reinado en la tierra desde una época más remota de la que supone Moisés, nos hubiesen dejado monumentos de su imperio y de su edad; y tales documentos no existen en parte alguna. El círculo de cronología bíblica, que tan angosto parece á los inventores de sistemas, es aun bastante vasto para los historiadores. Pueden incluirse en él, no solamente la Grecia histórica y heroica, sino también esos grandes imperios de Oriente, cuyos pesados é inmensos monumentos han exigido siglos para terminarse; igualmente pueden entrar en él la civilización de los Indios y de los Chinos y las antiguas emigraciones de los Celtas y Escandinavos, cuyas épocas ha fijado juiciosamente Suhm, el Varron de los Daneses. (Véanse más extensamente las pruebas de estas proposiciones en la *Cosmogonía de Moisés*, pág. 295-319.)

Finalmente, la misma geología atestigua la veracidad de Moisés, en primer lugar, de un modo *negativo*, en el sentido de que ninguno de los cronómetros natu-

Postrémonos de rodillas, y en tanto que toda la creacion nos honra, adoremos nosotros en silencio al Dios que nos hizo tan grandes. Palpite nuestro corazon á impulso de un noble orgullo, reconozcamos nuestra dignidad, y temamos degradar con actos indignos la imágen augusta que la mano divina grabó sobre nuestra frente y nuestro corazon.

El hombre es, pues, el rey del mundo, y la mas hermosa de las criaturas visibles. Detengámonos un instante á considerarle.

Todo revela en el hombre, aun en su exterior, su superioridad sobre todos los seres vivos. Mientras todos los animales, inclinados hácia la tierra, no pueden mirar mas que su superficie, el hombre se sostiene derecho y elevado, y su actitud es la del mando. Su cabeza, adornada de una agradable cabellera, presenta una faz augusta y una frente despejada, sobre la cual está impreso el carácter de su dignidad; un fuego divino anima las facciones de su rostro: sus ojos miran al cielo de donde procede, para el cual fué criado, y toda la naturaleza que se hizo para él, sus orejas, cuya extrema finura percibe hasta una graduacion de tono; su boca, asiento de una amable sonrisa, órgano de la palabra; sus manos, instrumentos preciosos, manantial inagotable de obras maestras; su pecho, despejado y levantado con gracia; su talle, rico y suelto; sus piernas, elegantes columnas que corresponden con tanta armonía al edificio que sostienen; su pié, basa estrecha, pero cuya solidez y movimientos no son menos maravillosos, y finalmente su majestuoso porte y su ademan firme y osado, todo anuncia su nobleza y su dignidad.

Admirad despues cuál corresponde maravillosamente á su destino el sitio y la estructura de cada uno de sus sentidos.

Los ojos, como centinelas, ocupan el sitio mas elevado, y desde allí descubren á lo lejos los objetos, y advierten al alma á tiempo lo que debe hacer. Convenia á los oidos un lugar eminente para reci-

rales nos remonta á una época anterior á las fechas mosaicas, y en segundo lugar, de un modo positivo, es decir, que todas las observaciones físicas demuestran la existencia reciente del hombre y de nuestros continentes. Los principales cronómetros naturales son: los hornagueros, el acrecentamiento de los hielos, las degradaciones de las montañas, las disminuciones, los amontonamientos de arena fluviales, etc., y todas dan un resultado semejante. (Véase Manuel de Serres, *Cosmogonia*, pág. 252 y sig.; *Veladas de Montlhéry*, pag. 159 y siguientes.)

Todos los resultados de la ciencia moderna conducen, pues, á repetir con Benjamin Constant: « Los autores del siglo XVIII que han tratado los Libros santos » de los Hebreos con un desprecio mezclado de furor, juzgaban la antigüedad de un modo miserablemente superficial; y los Judíos son, de todas las naciones, la que » peor se ha conocido respecto á su genio, su carácter y sus instituciones religiosas. Para divertirse con Voltaire á expensas de Ezequiel ó del Génesis es preciso » reunir dos cosas que hacen bastante triste la diversion: la mas profunda ignorancia y la frivolidad mas deplorable. » (T. IV, c. 11.)

bir el sonido que sube naturalmente. La nariz debe estar en la misma situacion, porque el olor sube tambien, y la necesitaba cerca de la boca, porque nos ayuda sobremanera á juzgar de la comida y la bebida. El gusto, que nos debe dar á conocer la cualidad de los que tomamos, reside en la parte de la boca por donde pasan los alimentos, y el tacto está esparcido por todo el cuerpo, para que no podamos recibir ninguna impresion ni ser atacados por el frio ó el calor sin sentirlo.

Adviértase además que los sentidos están colocados segun el órden de su dignidad y de su importancia. Los ojos ocupan el puesto mas elevado, porque la vista es el sentido mas noble y mas útil, y vienen despues los oidos, y lo mismo sucede con los demás.

En cuanto á su estructura, ¿qué artifice que no hubiera sido el Dios infinitamente sabio hubiese podido formar tan artísticamente nuestros sentidos? Refiriéndonos tan solo á la vista, ha rodeado los ojos de túnicas muy delgadas y transparentes por delante, para que se pudiese ver al través, y de tejido firme para conservar el estado de los ojos. Estos se mueven con ligereza para que tengan un medio de evitar lo que podria ofenderlos, y dirigir fácilmente sus miradas á donde quieren. Los párpados, que son las cubiertas de los ojos, tienen una superficie lisa y suave para no herirlos, y ya sea que el miedo de una desgracia los obligue á cerrarse, ya se quiera abrirlos, los párpados están hechos para prestarse á estos dos movimientos, de modo que ni uno ni otro le cueste mas que un instante. Las pestañas son como una especie de estacada que sirve á los párpados para rechazar lo que viniera á atacar los ojos cuando están abiertos, y á cubrirlos para que descansan tranquilamente cuando los cierra y los hace inútiles el sueño. Nuestros ojos tienen además la ventaja de estar ocultos y defendidos por dos eminencias, porque tienen por una parte las cejas para detener el sudor que baja de la cabeza y de la frente, y por otra parte las mejillas que avanzan algun tanto para asegurarlos inferiormente⁴.

¿Quién contará las maravillas de que es instrumento el ojo? Millones de objetos, montes, rios, bosques, casas, ciudades enteras y campiñas de muchas leguas de extension vienen á pintarse á un tiempo y sin confusion en un espejo de una línea de diámetro. ¡Lo mas asombroso aun es que todos los objetos se pintan al revés en nuestro ojo, y no obstante los vemos en su posicion natural!

Podríamos examinar del mismo modo la estructura de todos nuestros sentidos, y descubriríamos en cada uno de ellos la profunda sabiduría del artifice que los ha formado. Si penetrásemos en seguida en lo interior del cuerpo humano, el número prodigioso de sus piezas, su

⁴ San Basilio, *Hexaem. sexto dia.*

sorprendente variedad, su admirable estructura, su armonía maravillosa y el arte infinito de su distribución nos causarían tal asombro y encanto, que no podríamos recobrarlos sino para quejarnos de ser impotentes para admirar tantas maravillas.

Los huesos, por su solidez y su conjunto, forman el armazón del edificio; los ligamentos unen todas las piezas; los músculos, como otros tantos resortes, las ponen en juego; los nervios, esparciéndose por todas las partes, establecen entre ellas una estrecha comunicación, y las arterias y las venas, parecidas á arroyos, llevan por todas partes el refrigerio y la vida. El corazón, colocado en el centro, es la fuerza principal destinada á imprimir el movimiento á la sangre y á sostenerlo; los pulmones son otra potencia encargada de llevar á lo interior el aire, elemento de la vida, y para expeler los elementos nocivos; el estómago y las vísceras de diferentes géneros son los almacenes y laboratorios donde se preparan las materias que atienden á las reparaciones necesarias; el cerebro, que es como la habitación del alma, es por este motivo espacioso y amueblado de un modo adecuado á la dignidad del dueño que la ocupa, y los sentidos, criados prontos y fieles, le avisan de todo lo que le conviene saber, y sirven igualmente para sus placeres y necesidades.

Al ver tantas maravillas, ¿cómo no hemos de exclamar con un célebre médico de la antigüedad, Galeno? « ¡Ó tú que nos has formado! al describir el cuerpo humano, yo creo cantar un himno á tu gloria. Te honro más descubriendo la belleza de tus obras, que quemando en los templos los más preciosos inciensos. La verdadera piedad consiste en conocerme á mí mismo, y después en enseñar á los demás la grandeza de tu bondad, de tu poder y de tu sabiduría. Tu belleza se ostenta en la distribución igual de tus presentes, habiendo repartido á cada hombre los órganos que le son necesarios. Tu sabiduría brilla en la excelencia de tus dones, tu poder en la ejecución de tus designios⁴. »

¡Cuán noble es, pues, nuestro cuerpo á los ojos de la razón, y qué santo y digno de respeto á los ojos de la fe! Purificado en las aguas del Bautismo, consagrado tantas veces por la unción santa, por la Carne y la Sangre divina, templo vivo del Espíritu Santo, miembro del Hombre-Dios, destinado á una gloria inmortal, vaso de honor ¡oh! no lo convirtais jamás en vaso de ignominia!

Después de haber formado el cuerpo del hombre del barro de la tierra, Dios le imprimió en el rostro un soplo de vida, y el hombre fué vivo y animado, lo cual quiere decir que Dios unió á un cuerpo material un alma espiritual. Nuestra alma es, pues, un soplo salido de la boca y del corazón de Dios; ese principio espiritual, libre é

⁴ Gal. De usu part. lib. III, c. 10.

inmortal que en nosotros piensa, que ama, que quiere, que raciocina y que nos distingue esencialmente de los animales.

Tratar de demostrar que tenemos un alma sería un insulto á la razón y á la fe del género humano; y la indignación y el desprecio son la única respuesta que conviene á los absurdos groseros del materialismo. « Disimulo muchas cosas, decía Napoleón, pero me horrorizan el ateo y el materialista. ¿Cómo queréis que tenga algo de comun con un hombre que no cree en la existencia del alma, que cree que es un pedazo de lodo, y que quiere que yo también lo sea como él? »

Pero ¿cómo puede explicarse la excelencia del alma humana? He visto todas las bellezas de la tierra, he admirado todas las magnificencias de los cielos, y he contemplado las obras maestras de las artes; pero ¿he visto la belleza de un alma? ¡Oh! no. El alma es una cosa tan noble, tan perfecta y tan superior á los seres corporales, que tan imposible es para mí imaginar la belleza y la perfección de un espíritu, como á un ciego, que nunca ha visto la luz, imaginar el brillo y la graciosa variedad de los colores. Mientras mi cuerpo, obra maestra de la creación, se envejece y altera, mi alma, íntegra siempre en su sustancia, siempre es la misma, y no le alcanzan los estragos de la enfermedad, las arrugas ni la vejez; y mientras mi cuerpo, pesadamente unido á la tierra, no vive más que en lo presente, mi alma abarca todas las partes de la duración.

Vive en lo pasado, se remonta hasta el origen de los siglos, y resucita, para hablar con ellas, las generaciones sepultadas en el polvo. Vive en el presente sin salir de sí misma; recorre el universo, en un abrir y cerrar de ojos va de un polo á otro polo, y de Oriente á Occidente, visita las naciones, ve sus costumbres, sus usos y sus leyes; penetra los secretos de la naturaleza, y descubre las propiedades de las plantas y de los minerales; desciende á las entrañas de la tierra, estudia su estructura, y saca de allí sus riquezas; y después con la mayor facilidad sube á los cielos, y mide la extensión del firmamento y la magnitud de los astros. Vive en el porvenir, penetrando los secretos por medio de raciocinios y conjeturas sólidas, lo cual no forma sino la menor parte de su gloria; hallando todavía angosto este vasto universo, lánzase más allá de los soles y los mundos, se eleva hasta el Ser manantial de todos los seres, y aunque este habita en una luz inaccesible, el alma le descubre con su inteligencia y se le une con su amor. ¡Unión augusta y sublime, que, deificándola, deja bien lejos de sí las alianzas de los príncipes y de los monarcas! Me preguntaréis después de esto, ¿cuál es el valor de mi alma? Yo dirijo la misma pregunta á los sabios y á los prudentes, á la tierra y á los cielos; y

⁴ Opinión de Napoleón sobre el Cristianismo, pág. 77.

para responderme se deshacen en palabras elocuentes, ó se encierran en un silencio mas elocuente todavía. Yo me dirijo á Dios mismo, y este gran Dios me conduce, tomándome de una mano, á la cima de un monte, y describiendo allí un velo cubierto de sangre, me muestra á su Hijo muerto sobre una cruz, y me dice: Hé aquí lo que vale tu alma: *anima, tanti vales!* Animados con este noble pensamiento, entremos en algunos pormenores sobre la perfeccion de nuestra alma.

1º. *Nuestra alma es espiritual*, es decir, que no tiene extension, longitud, anchura, profundidad ni figura, que no puede ser vista por nuestros ojos, tocada por nuestras manos, ni percibida por ninguno de nuestros sentidos. No hay cosa mas fácil de probar que la espiritualidad de nuestra alma. En efecto, las operaciones de nuestra alma son: la memoria, el pensamiento y la voluntad, y no hay nada mas espiritual que estas tres operaciones. No obstante, si nuestra alma no fuera espiritual no lo serian sus operaciones, y la memoria, el pensamiento y la voluntad serian materiales. Se las podría ver, tocar, dividir y pesar; se podría decir, por ejemplo, una libra de pensamiento, una vara de voluntad y un quintal de memoria; un pensamiento encarnado, blanco ó azul; una voluntad redonda ú ovalada, y una memoria triangular; pero todo el mundo se burlaria del que usara semejante lenguaje. Y ¿por qué? Porque todo el mundo siente que no se puede atribuir á la memoria, al pensamiento y á la voluntad las cualidades de la materia. Luego la memoria, el pensamiento y la voluntad no son materiales, ni lo es tampoco el alma, que es su principio, porque las modificaciones de un ser cualquiera siempre son de la misma naturaleza de dicho ser, ó mas bien no son mas que este mismo ser modificado de tal ó cual modo. Así pues, la memoria, es el alma al acordarse; el pensamiento, el alma al pensar, y la voluntad, el alma que quiere.

Luego el alma del hombre es espiritual como Dios que la crió á su imágen.

2º. *Nuestra alma es libre*. Esto quiere decir que puede hacer á su albedrío lo que le plazca, obrar ó no, y querer de tal ó cual manera, en lo cual se diferencia de todas las criaturas que nos rodean.

El sol, por ejemplo, no es libre de aparecer ó no todas las mañanas, de recorrer tal camino mas bien que otro, de adelantar ó de retroceder á su antojo. Está obligado á hacer cuanto hace, y por eso hace siempre é invariablemente la misma cosa. Tampoco son libres los animales, y por eso tienen los mismos hábitos, gustos y operaciones. Porque si los animales fueran libres, y tuvieran en sí mismos el principio y la regla de su conducta, como tenemos en nosotros el principio y la regla de la nuestra, variarían como nosotros, inventarían, reformarían, se perfeccionarían todos los dias, y harían como nosotros cien cosas importantes y razonables.

Las golondrinas actuales, por ejemplo, no construirían sus nidos como sus abuelas hace cien años; las de Francia no los construirían como las de la China, y aun en Francia mismo las golondrinas de París no tendrían cuidado de albergarse y de vivir como las de provincia, fijarían la moda en todo y la comunicarían á las demas, y se burlarían despues de esta moda como de una cosa ridícula y gótica, luego que se les hubiese puesto en la cabeza establecer otra. Así sucede entre nosotros. ¿Por qué no sucede lo mismo entre las golondrinas? Porque obedecen á una voluntad superior é inmutable que las obliga á ejecutar siempre y en todas partes sus mandatos.

¿Cuán diferentemente sucede con nuestra alma! Obra ó no obra, quiere ó no quiere, hace una cosa, y al hacerla conoce muy bien que podría hacer otra. Si es un bien, experimenta alegría, y si es un mal, tiene remordimientos, porque siente que era libre de no hacerlo. Nadie de nosotros deja de conocer ese sentimiento de pena ó de placer que sigue á una buena ó á una mala accion; pero no experimentaríamos este sentimiento si no fuésemos libres para hacer lo contrario, y no mereceríamos castigo ni recompensa.

¿Qué diríais, por ejemplo, de un hombre que pegase á su reloj porque avanzara ó retrasara? Diríais que era un absurdo y que estaba loco, y sin embargo nadie dirá que es un imbécil ó un loco el padre que corrige á su hijo que ha obrado mal. No obstante, se debería decir si nosotros no fuéramos libres, porque bajo esta suposicion todo seria igual, pues todo seria forzoso; luego seria injusto y absurdo castigar el vicio y recompensar la virtud, ó mas bien, no existiría bien, mal ni vicio, y seríamos como relojes ú otra máquina cualquiera.

Así pues, Dios seria injusto recompensando á unos y castigando á otros; pero si Dios fuera injusto, no seria Dios, no seria nada, y el mundo fuera un efecto sin causa. Tal es el abismo en que se cae cuando se niega la libertad del alma.

3º. *Nuestra alma es inmortal*. Esto quiere decir que nuestra alma no morirá jamás, y que hasta es imposible que muera. El cuerpo muere cuando se separan las partes que lo componen, y la cabeza, los piés, los brazos, el corazon, cada cual se va por su lado. Pero como nuestra alma no tiene partes, ni tiene cabeza, piés, brazos ni corazon, estas partes no pueden separarse ni desunirse, y ella no puede perecer.

Solamente una cosa podía aniquilarla; la voluntad omnipotente del que la ha criado. Pues bien, lejos de *querer* Dios hacer morir nuestra alma, declara por el contrario en los términos mas precisos, que *quiere* hacerla vivir siempre, tanto como él mismo durante toda la eternidad. *Los malos, dice, serán castigados en el infierno por toda la eternidad, y los buenos por el contrario por toda la eternidad serán recompensados en el cielo*¹.

¹ Matth. xxv, 46.

Á esta voz del cielo se une la voz de todas las naciones de la tierra para proclamar el dogma á la vez consolador y terrible de la inmortalidad del alma : « Esto es lo que nos grita la naturaleza, dice san Agustín ; lo que está impreso por el Criador en el fondo de nuestros corazones ; lo que los hombres saben, desde la escuela de los niños hasta el trono del sabio Salomon ; lo que cantan los pastores en las campiñas, lo que enseñan los sacerdotes en el templo ; lo que el género humano anuncia en todo el universo. »

Ya lo veis, negar la inmortalidad del alma, es dar un mentís á Dios, á la razon y al género humano, y es además creer en los absurdos siguientes : 1.º que Dios se ha burlado de nosotros al darnos el deseo invencible de la inmortalidad ; 2.º que todos los hombres y todos los pueblos del mundo han estado hasta el presente en el error, mientras un puñado de libertinos han sido los únicos que han tenido razon ; 3.º que la suerte del asesino sería la misma que la de su inocente víctima ; que Neron y san Pablo, los Santos que viven en la práctica de todas las virtudes, que fueron los bienhechores de la humanidad, y los malos que fueron sus azotes, y se mancharon con toda clase de crímenes, deben ser tratados del mismo modo. Hablar así, ¿ no es animar á todos los crímenes, y convertir el mundo en una caverna de bandidos y de animales feroces ? Estas consecuencias son espantosas ; luego el principio que las produce es falso y abominable.

Antes de criar al hombre, Dios medita y dice : *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*. Lo mismo que un pintor examina y estudia la persona cuyas facciones quiere reproducir en el lienzo, así el mismo Dios se examinó, estudió, y expresó despues en el hombre sus divinas facciones. Veamos la admirable semejanza que existe entre el modelo y la copia. La imágen de Dios está especialmente grabada en nuestra alma, y por ella nos parecemos á él ⁴.

⁴ Hay otros que extienden mas allá esta divina semejanza. Nuestro cuerpo, dicen, fué criado tambien á imágen de Dios, porque en el momento en que formaba el cuerpo del primer hombre, Dios, á quien todo estaba presente, veía á su divino Hijo cubierto con un cuerpo humano, y el cuerpo del primer Adán fué el modelo del adorable del segundo ; y bajo este sentido se admite que el cuerpo de Adán y de todos los hombres se hizo á imágen y semejanza de Dios. Dios no dice : Hagamos el alma del hombre á nuestra imágen y semejanza, sino *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*. Luego el hombre no es solamente el alma sino el cuerpo. Para que pueda decirse que el hombre es imágen de Dios, es preciso, pues, que tenga en todo su ser su semejanza y sus facciones. Así discurren y piensan algunos filósofos. (Véase *Obra de los seis dias*, y Tertull. *De Resurr. carnis*.) La misma doctrina se encuentra en un libro de devocion que debería ser el manual de todas las familias cristianas : *Pensamientos sobre las verdades de la Religion*, por Mr. Humbert. El santo y sabio misionero que es su autor habla de esta suerte en el capítulo CIII : « Habiendo resuelto el Criador desde la eternidad » enviar su Hijo á la tierra, y darle un cuerpo capaz de las mas nobles operaciones, » formó nuestro cuerpo á imágen del cuerpo adorable del Hombre-Dios, el cual » es como nuestro primogénito, nuestro prototipo y nuestro original. Hé aquí la

Dios es uno en naturaleza ; lo mismo es nuestra alma. — En Dios hay tres personas distintas, y en nuestra alma tres facultades distintas, la memoria, la inteligencia y la voluntad. — Dios es un puro espíritu ; lo mismo es nuestra alma. — Dios es eterno ; y eterna nuestra alma : nada se parece mas á la eternidad que la inmortalidad. — Dios es libre ; tambien lo es nuestra alma. — Dios sabe lo pasado, lo presente y lo porvenir ; nuestra alma se acuerda de lo pasado, sabe lo presente y prevé el porvenir. — Dios está presente en todas partes ; nuestra alma está presente en todas las partes de nuestro cuerpo, misterioso resúmen del universo, y con un golpe de vista da la vuelta al mundo. — Dios es justo, verdadero, santo, bueno y misericordioso ; así era el alma de Adán antes de su caída, tal es tambien la nuestra en algun modo desde entonces, porque tiene el sentimiento y la idea de la verdad, de la justicia, de la santidad, de la bondad y de la misericordia. — Dios es infinito ; nuestra alma es infinita en sus deseos, y nada finito puede contentarla. Todo lo que es limitado la importuna, la entorpece y la disgusta ; y esta inquietud y este malestar que siente el alma dan testimonio de su dignidad, porque es menester ser muy grande para ser desgraciado, é inconsolable si se le priva del único bien que sea infinito. — Dios es el mas perfecto de todos los seres, y el hombre la mas perfecta de todas las criaturas visibles. — Dios no depende de nadie ; el hombre no depende de nadie mas que de Dios. — Dios es el dueño soberano del cielo y de la tierra, y el hombre el rey de todo lo que le rodea. — Todo se refiere á Dios ; todo se refiere al hombre, y el hombre á Dios.

¡ Cuán grandes somos, pues, habiendo sido criados sobre el modelo del mismo Dios !

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haberme criado á vuestra imágen y semejanza ; no permitais que desfigure jamás vuestra imágen con el pecado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, *haré con mucho respeto la señal de la cruz*.

» dignidad de nuestro origen segun el cuerpo : ¿ comprendeis su nobleza ? Debeis » tratarlo con respeto y con honor : ¿ por qué lo envileceis con una conducta » indigna de lo que sois ? »

Prescindiendo de esta explicacion, hé aquí en qué términos dice santo Tomás que nuestro cuerpo fué hecho á imágen de Dios : « Quia corpus hominis solum » inter terrenorum animalium corpora non pronum in alveum prostratum est ; » sed tale est ut ad contemplandum cœlum sit aptius, magis hoc ad imaginem et » similitudinem Dei, quam cœtera corpora animalium factum jure videri potest. » Quod tamen non sic intelligendum quasi in corpore hominis sit imago Dei, sed » quia ipsa figura humani corporis representat imaginem Dei in anima, per mo- » dum vestigii. » (*P. 1, q. 93, art. 7.*)